

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 817 Sábado 28 de Octubre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **En el aniversario de la muerte de Rafael Alberti**, José M^a García de Tuñón Aza
- ✚ **Poesía de, Rafael Alberti**

En el aniversario de la muerte de Rafael Alberti

José M^a García de Tuñón Aza

Se cumplirá el 28 de este mes de octubre, el XXIV aniversario de la muerte del poeta Rafael Alberti. Recuerdo que cuando se produjo el óbito, todos los medios de comunicación anunciaron el fallecimiento de este marinero en tierra que murió cuando la noche se hacía más noche y la luna brillaba sobre el agua del mar. De esa mar que tanto amaba, guardián



Aquel día solo un pequeño grupo de amigos se despidió de ella.

Rafael Alberti fue considerado por el escritor falangista Rafael García Serrano como el más grande poeta vivo de la lengua española «aunque el puñetero me haya salido comunista y últimamente se haya alejado de Lope de Vega para acercarse a Luis de Tapia», poeta, humorista y periodista.



Pero este poeta que «un día llegó a Madrid vestido de color caramelo», dice el poeta malagueño José Carlos de Luna, y «lleno de infinitas ambiciones con

sus poemitas bajo el brazo», se hace comunista y se casa con María Teresa León; o mejor, se casa con María Teresa León y después se hace comunista. La pareja va a Rusia, se supone que buscando esa libertad que recordaba un día un periódico de la capital de España, que le llama el «poeta de la libertad». Hacen la entrada en el país comunista en el expreso de Varsovia y Alberti escribe: «¿Qué es este impulso, este nuevo latido de la sangre, este rápido vuelco que nos hace saltar de los asientos y recorrer los cristales helados?». A la vuelta de la capital rusa, el poeta vuelve muy radicalizado y utiliza malos modos con quienes no comparten su entusiasmo dedicándoles un poema titulado *Al volver y empezar*, llamándoles «cadáveres sentados, cobardes en las



mesas del café y del dinero, cuerpos podridos en las sillas...», para terminar, diciendo «Vine aquí y os escupo».

El matrimonio realiza más viajes a la Unión Soviética, y en uno de ellos son recibidos, después de una corta espera, por José Stalin que era la negación de toda libertad. Con el dictador comunista estuvieron dos horas y cuarto, «nadie estuvo más», escribe María Teresa León. Durante la conversación Stalin les dice: «Tengo una buena noticia que darles. Los italianos han sido derrotados en Guadalajara». En ese momento, María Teresa León sintió que su corazón, que tan fácilmente se desbordaba, «huía hacia adelante».

Vuelven de Rusia y el autor de *La arboleda perdida*, se convierte «en uno de los más abyectos propagandistas del totalitarismo comunista», escribe Jiménez de los Santos, quien añade que fue el mayor asesino de todos los tiempos. Y a la muerte del dictador soviético, Alberti le dedica este poema:

*José Stalin ha muerto.
Padre y maestro y camarada:
quiero llorar, quiero cantar.
Que el agua clara me ilumine,
que tu alma clara me ilumine
en esta noche que te vas.*

Durante la guerra civil española, el poeta fue cómplice de tiranos y asesinos. «Él mismo, con su mono azul de miliciano distinguido, indicaba con su dedo índice caminos de checas y de pardones», dice de él Alfonso Ussia.

En el año 1993, Torcuato Luca de Tena publica un libro, *Franco, Sí, pero...*, premio Espejo de España, y en el mismo acusa a Rafael Alberti de haber formado parte de los tribunales populares de la checa de intelectuales, establecida en el palacio de Bellas Artes, que mandó al paredón a mucha gente. La reacción de Alberti no se hizo esperar y remite una carta al periódico *ABC*, que le publican el día 18 de marzo del mismo año, donde entre otras cosas

dice a Luca de Tena que «sus abogados estudiarán el alcance y responsabilidad de esas terribles acusaciones». La querrela no se produce y el autor del libro supone que quien «dirigía la checa de intelectuales de Madrid, tenía el techo de cristal y que más le valía no meterse en berenjenales». Efectivamente, el día 6 de abril de 1997, el diario *La Nueva España* de Oviedo, publica una larga entrevista con Luis Gutiérrez Argos, comandante de Aviación durante la República y miembro que fue del Comité Central de las Juventudes Socialistas, quien dice recordar a «los tribunales populares en la capital y en los que intervenía el poeta Alberti. Eran un paripé, duraba cada uno un cuarto de hora, pero al menos evitaban el tiro mortal, así por las buenas».



Alberti escribió algunos poemas que incitaban al asesinato político. He aquí un ejemplo:

*Siega, segador, seguido,
con esa guadaña,
las cabezas que, en España,
hoja a hoja han impedido,
que el sol llegue a la bodega.
Siégalas de un solo tajo.
Respondan al cascabel
de José Antonio, Miguel,
Queipo, Gil, o el gran carajo.*

Se estaba refiriendo a José Antonio Primo de Rivera; Miguel Maura; Queipo de Llano y Gil Robles. Por desgracia, con José Antonio se cumplió lo que quería el poeta, que, por otro lado, tanto había influido en él, según su hermana Pilar Primo de Rivera.

Una vez terminada la guerra civil española, Rafael Alberti y María Teresa León no van a vivir a ningún paraíso comunista, ¡vaya por Dios! Primero lo hacen en Argentina y después en Roma, porque también los grandes poetas además de luces tienen sombras.

* * *

Ya hemos recogido en el artículo precedente unos tanteos de quién y cómo era Rafael Alberti. Lo traemos empujados a este rincón por fianza que nos da la cita de Eduardo García Serrano de que Alberti era el mejor poeta vivo español. Por otro lado, no somos melindrosos, y como poeta de la generación del 27 no tenemos ningún embarazo en ubicarlo en estas páginas, como no lo tuvimos, hace años, en tiempo que él vivía en Italia, para pedirle un dibujo de los que por aquel tiempo tenía costumbre de hacer, para ilustrar el programa de una obra teatral de García Lorca que íbamos a poner en escena en el Club Don Hilarión; petición a la que tuvo las amabilidad de responder enviándonos a vuelta de correo el dibujo que reproducimos en estas páginas.

No cabe duda, su biografía lo dice; era un hombre inquieto, que actuaba por impulsos, y capaz de cambiar de la noche a la mañana, como lo hizo al pasar a militar en el comunismo y cometer barbaridades en la Guerra Española, o abandonar a su esposa cuando más lo necesitaba, sin mayores contemplaciones. Como consecuencia es lógico que su poesía sea variada, según donde estuviera sentado el día que se sintiera iluminado. Por ello traemos diferentes versos que reflejan el momento de su vida y su capacidad de dejarnos en el papel.

* * *

A galopar

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!
A corazón suenan, resuenan, resuenan,
las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo
caballo de espuma
¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Cúbreme, amor, el cielo de la boca

Cúbreme, amor, el cielo de la boca
con esa arrebatada espuma extrema,
que es jazmín del que sabe y del que quema,
brotado en punta de coral de roca.

Alóquemelo, amor, su sal, aloca



Tu lancinante aguda flor suprema,
Doblando su furor en la diadema
del mordiente clavel que la desboca.

¡Oh ceñido fluir, amor, oh bello
borbotar temperado de la nieve
por tan estrecha gruta en carne viva,

para mirar cómo tu fino cuello
se te resbala, amor, y se te llueve
de jazmines y estrellas de saliva!

La niña rosa, sentada

La niña rosa, sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
abierto, un atlas.
¡Cómo la miraba yo
viajar, desde mi balcón!
Su dedo, blanco velero,
desde las islas Canarias
iba a morir al mar Negro.
¡Cómo la miraba yo
morir, desde mi balcón!.
La niña, rosa sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
cerrado, un atlas.
Por el mar de la tarde
van las nubes llorando
rojas islas de sangre.



Metamorfosis del clavel

Al alba, se asombró el gallo.

El eco le devolvía
voz de muchacho.

Se halló signos varoniles,
el gallo.

Se asombró el gallo.

Ojos de amor y pelea,
saltó a un naranjo.
Del naranjo, a un limonar;
de los limones a un patio;
del patio, saltó a una alcoba,
el gallo.

La mujer que allí dormía
le abrazó.

Se asombró el gallo.

Te digo adiós, amor, y no estoy triste

Te digo adiós, amor, y no estoy triste.
Gracias, mi amor, por lo que ya me has dado,
un solo beso lento y prolongado
que se truncó en dolor cuando partiste.

No supiste entender, no comprendiste
que era un amor final, desesperado,
ni intentaste arrancarme de tu lado
cuando con duro corazón me heriste.

Lloré tanto aquel día que no quiero
pensar que el mismo sufrimiento espero
cada vez que en tu vida reaparece

ese amor que al negarlo te ilumina.
Tu luz es él cuando mi luz decrece,
tu solo amor cuando mi amor declina

Amaranta

Rubios, pulidos senos de Amaranta,
por una lengua de lebrel limados
pórticos de limones desviados
por el canal que asciende a tu garganta.
Rojo, un puente de rizos se adelanta
e incendia tus marfiles ondulados.
Muerde, heridor, tus dientes desangrados,
y corvo, en vilo, al viento te levanta.
La soledad, dormida en la espesura
calza su pie de céfiro y desciende
del olmo alto al mar de la llanura.
Su cuerpo en sombra, oscuro, se le enciende,
y gladiadora, como un ascua impura
entre Amaranta y su amador
se tiende.

Nocturno

Deja ese sueño.
Envuélvete
desnuda y blanca, en tu sábana.
Te esperan en el jardín
tras las tapias.

Tus padres mueren, dormidos.
Deja ese sueño.

Anda.
Tras las tapias,
te esperan con un cuchillo.



Vuelve de prisa a tu casa.
Deja ese sueño.
Anda.
En la alcoba de tus padres
entra desnuda, en silencio.

Corre de prisa a las tapias.
Deja ese sueño.
Sáltalas.
Vente.

¿Qué rubí hierve en tus manos
y quema, negro, tu sábana?
Deja ese sueño.
Anda.
... Duérmete.

La paloma

Se equivocó la paloma
se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur
creyó que el trigo era agua,
se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo
que la noche, la mañana,
se equivocaba,
se equivocaba.

Que las estrellas, rocío
que la calor, la nevada,
se equivocaba,
se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa
que tu corazón, su casa,
se equivocaba,
se equivocaba.

Ella se durmió en la orilla,
tú en la cumbre de una rama.

Creyó que el mar era el cielo
que la noche, la mañana
se equivocaba,
se equivocaba.

Que las estrellas, rocío
que la calor, la nevada,
se equivocaba,
se equivocaba.



Que tu falda era tu blusa
que tu corazón, su casa,
se equivocaba,
se equivocaba...

Lo que dejé por ti

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.

El mar, la mar

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, pa-
dre,
a la ciudad?
¿Por qué me desente-
rraste
del mar?

En sueños la marejada
me tira del corazón;
se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

Me digo y me retedigo

Me digo y me retedigo.
¡Qué tonto!
Ya te lo has tirado todo.
Y ya no tienes amigo,



por tonto. Que aquel amigo
tan sólo iba contigo
porque eres tonto.
¡Qué tonto!
Y ya nadie te hace caso,
ni tu novia, ni tu hermano,
ni la hermana de tu amigo,
porque eres tonto.
¡Qué tonto!
Me digo y me lo redigo...

Vaivén

Por la noche, ya al subir,
por la tarde, ya al bajar,
yo quiero pisar la nieve
azul de jacarandá.

¿Es azul, noche delante?
¿Es lila, tarde detrás?
yo quiero pisar la nieve
azul de jacarandá.

Si el pájaro serio canta
que es azul su azulear,
yo quiero pisar la nieve
azul de jacarandá.

Si el mirlo liliburlero,
que es lila su lilear,
yo quiero pisar la nieve
azul de jacarandá.

Ya nieve azul a la ida,
nieve lila al retornar;
yo quiero pisar la nieve
azul de jacarandá.



A Hans Beimler. Defensor de Madrid

¡Frente Rojo!, dijo el héroe.
Y cayó en tierra Hans Beimler.
Lo oyeron los españoles,
lo oyeron sus alemanes,
e italianos,
lo oyó Madrid, lo oyó el aire,
lo oyó temblando, la bala
nacida para matarle.

¡Frente Rojo!, y cayó en tierra
castellana, de leales,
quien vino desde muy lejos

a sembrar aquí su sangre.

¡Frente Rojo! Que lo escuche
la Alemania de las cárceles
y verdugos que levantan
las secas hachas que caen
sobre los cuellos que nunca
jamás quisieron doblarse.

¡Frente Rojo! Suene, silbe,
cruce como bala, estalle
por mar, por tierra, por cielo,
por astros, por todas partes,
vertiginoso este grito

¡Frente Rojo! hasta clavarse,
profundo en los corazones
que lo quieran, que lo amen,
que lo griten ¡Frente Rojo!
como lo gritó Hans Beimler.
Madrid, que tiene memoria,
lo gritará hasta quedarse
las bocas de sus fusiles
secas de tanto gritarle.

¡Frente Rojo! Silva el tren,
campo de España adelante.
Se descubren las aldeas,
los pueblos y las ciudades.
Entre huertos y jardines,
banderas y naranjales,
Valencia saluda el cuerpo

¡Frente Rojo! de Hans Beimler.
Los mares de Cataluña
sus viñas, sus olivares
las ramblas de Barcelona

–¡Frente Rojo!– de Hans Beimler.
¡París, París! Tus obreros,
cantando, en hombros lo traen
llevándolo hacia los barcos
que se llevan a a Hans Beimler,
ya que su patria alemana
camino no quiere darle.

¡Frente Rojo! Por Moscú,
Por la plaza Roja, grandes
cortejos y multitudes
y cantos va a enterrarle.

¡Frente Rojo! Junto a Lenin,



Allí, tranquilo, descanse.

Lo llamaste Guernica

Tú hiciste aquella obra y le pusiste un título.
Ése y no otro. Siempre,
desde el primer llanto del mundo,
las guerras fueron conocidas,
las batallas tuvieron cada una su nombre.

Tú había vivido una:
la primera más terrible de todas.

Y sin embargo, mientras
a tu mejor amigo, Apollinaire,
un casco de metralla le tocaba las sienes,
tu desvelada mano,
y no a muchos kilómetros de lo que sucedía,
continuaba inventando la nueva realidad
maravillosa
tan llena de futuro.

Pero cuando después,
a casi veinte años de distancia,
fue tocado aquel toro,
el mismo que arremete por tus venas,
bajaste sin que nadie lo ordenara
a la mitad del ruedo,
al centro ensangrentado de la
arena de
España.



Y embestiste con furia,
levantaste hasta el cielo tu lamento,
los gritos del caballo
y sacaste a las madres los dientes de ira
con los niños tronchados,
presentaste por tierra la rota espada
del defensor caído,
las médulas cortadas y los nervios tirantes
afuera de la piel,
la angustia, la agonía, la rabia y el asombro
de ti mismo,
tu pueblo,
del que saliste un día.

Y no llamaste a esto
ni el Marne ni Verdum ni ninguno otro
nombre merecedor del recuerdo más
hondo
(aunque allí la matanza fue mucho más
terrible).

Lo llamaste Guernica.
Y es el pueblo español
El que está siempre está allí,
el que tuvo el arrojo de poner en tu mano
esa luz gris y blanca que salió entonces de su
sangre
para que iluminaras su memoria.
